

### LECCION XIX

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo undécimo del Símbolo. — Definición de la resurrección. — Tercer beneficio de la Iglesia. — Cualidades de los cuerpos resucitados. — Ventaja social del artículo undécimo del Símbolo.

El artículo undécimo del Símbolo concuerda admirablemente con el décimo; en efecto, ¿qué cosa mas natural despues de haber explicado el perdon de los pecados, que es la resurrección del alma, que hablar de la resurrección del cuerpo? ¿Podía haber un medio mas eficaz para manifestarnos la plenitud de la redención de Nuestro Señor y el contraste que existe entre el primero y el segundo Adan? Por su pecado, el primer Adan nos acarreó una doble muerte, la del alma y la del cuerpo; por su gracia, el nuevo Adan nos ha merecido primeramente la resurrección del alma, expuesta en el artículo anterior, y luego la resurrección del cuerpo, asunto del presente. Y finalmente, ¿cómo manifestarnos con mas claridad la inmensa bondad del Espíritu Santo, autor de esta doble resurrección, segun estas palabras de san Pablo: *Y si el espíritu de aquel que resucitó á Jesucristo de entre los muertos mora en vosotros; el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por su espíritu que mora entre vosotros* <sup>4</sup>?

Explicuemos ahora el artículo undécimo del Símbolo, y para ello contestemos á las seis preguntas siguientes: 1º. ¿Qué se entiende por resurrección? 2º. ¿Es cierta la resurrección? 3º. ¿Cuándo y cómo tendrá lugar? 4º. ¿Será universal? 5º. ¿En qué sentido es un beneficio para la Iglesia? 6º. ¿Cuáles serán las cualidades de los cuerpos resucitados?

1º. *¿Qué se entiende por resurrección?* — La resurrección es el milagro de la omnipotencia de Dios, en virtud del cual las almas y los cuerpos de los hombres, separados por la muerte, se reunirán para no separarse jamás. Así es como por el artículo undécimo del Símbolo nos enseña la fe que, llegado el día de la resurrección, el alma que se reunirá á nuestro cuerpo será la misma alma, nuestro cuerpo el mismo cuerpo que teníamos aquí en la tierra, con la diferencia de que nues-

<sup>4</sup> Rom. viii, 11.

tro cuerpo, corruptible en el día, no lo será entonces <sup>1</sup>. La palabra de Dios no deja duda alguna sobre este punto. *Si, lo sé*, dice el santo varon Job, *y que en el último día he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios; á quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro* <sup>2</sup>. *Es preciso*, añade san Pablo, *que este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad* <sup>3</sup>. La misma razon nos manifiesta que así debe ser, pues propiamente hablando no habria resurrección si no fuese el mismo hombre restablecido, así en cuanto al cuerpo como en cuanto al alma <sup>4</sup>. Por otra parte, ¿por qué tendrá lugar la resurrección, sino á fin de que el hombre reciba en su propio cuerpo la recompensa ó el castigo que haya merecido, lo cual seria imposible si no volvía á tomar el mismo cuerpo que tuvo durante la vida <sup>5</sup>?

Los Padres y los Doctores establecen una segunda diferencia: dicen que resucitarémos todos en la perfección de la naturaleza humana, puesto que habiéndola criado Dios sin defecto, la restablecerá igualmente sin defecto; de donde concluyen 1º. que los hombres no resucitarán ni en la infancia, en cuya edad no está aun formada la naturaleza; ni en la vejez, en la que cesa de estarlo; pero sí en la juventud, en que aquella tiene toda su hermosura <sup>6</sup>; 2º. que todos los

<sup>1</sup> Corpus resurgens erit idem numero, sed alio modo se habens, quia fuit mortale, et surget in immortalitate. (S. Thom. 3 p. q. 79, art. 1.)

<sup>2</sup> Job, xix, 25, 26.

<sup>3</sup> I Cor. xv, 53.

<sup>4</sup> Non esset resurrectio proprie, nisi idem homo repararetur. (S. Thom., id. id. art. 2.)

<sup>5</sup> Los filósofos mas hábiles, tales como Leibnitz, Clarke, Niewentit, etc., han observado que no es necesario para que un cuerpo resucitado sea el mismo, que recobre exactamente todas las partes de materia de que primitivamente se compuso. La cadena, dicen, el tejido, el molde original (*stamen originale*) que recibe por medio de la nutrición las materias extrañas á las que da forma, es hablando con propiedad el fondo y lo esencial del cuerpo humano, sin que cambie perdiendo ó adquiriendo aquellas partes de materia accesoria. De aquí se deduce: 1º. Que la figura y fisonomía de un hombre no cambian esencialmente al desarrollarse y crecer; 2º. que el cuerpo humano no puede pasar de cierto desarrollo por nutrición que se le dé; 3º. que es imposible reparar por la nutrición un miembro mutilado. Esto hace que juzgando por el sentido comun, un hombre á treinta años debe tener el mismo cuerpo que á quince, puesto que el molde interior y la conformación orgánica no se han modificado esencialmente; cada cuerpo tiene su molde propio que no puede pertenecer á otro. (Bergier, art. *Resurrección*.) Véase tambien santo Tomás, 3 p. q. 82, art. 5.

<sup>6</sup> Et ideo reducetur humana natura per resurrectionem ad statum ultimæ perfectionis, qui est in juvenili ætate, ad quam terminatur motus augmenti, et à qua incipit motus decrementi. (S. Thom. 3 p. q. 81, art. 1.) — Rationabilius est dicere quod auctor qui naturam condidit, in resurrectione naturam corporis integre reparabit. Unde quidquid defectus vel turpitudinis ex corruptione, vel debilitate naturæ, sive principiorum naturalium in corpore fuit, totum in resurrectione removebitur; sicut febris, lippitudo et similia: defectus autem qui ex naturalibus principis in humano corpore naturaliter consequuntur, sicut ponderositas, passibilitas et similia, in corporibus damnatorum erunt; quos defectus ab electorum corporibus gloria resurrectionis excludet. (S. Thom. 3 p. q. 87, art. 1.)



hombres resucitarán sin defecto corporal. « Entonces, dice san Agustín, no habrá defectos en los cuerpos; los que habrán sido obesos » en extremo, no volverán á tomar toda su masa de carne, pues se » reputará superfluo lo que exceda de los límites de una justa proporción. Por el contrario, lo que la enfermedad ó la vejez habrá » destruido en el cuerpo, será reparado por la virtud de Jesucristo. » Lo mismo sucederá con los cuerpos naturalmente flacos y descarnados; no solo serán resucitados por el Salvador, sino que este les » devolverá todo lo que los males de la vida les habian quitado<sup>1</sup>. »

Decimos creemos en la *resurreccion de la carne*, y no simplemente en la *resurreccion*. Si se pregunta por qué la resurreccion de los muertos se llama en el Símbolo la resurreccion de la carne, contestaremos que la razon que hay para ello es digna de la infinita Sabiduría que dirigia á los Apóstoles: con estas palabras han querido enseñarnos la inmortalidad del alma, pues como era de temer se imaginase que moriria con el cuerpo, y que junto con este era llamada otra vez á la vida, nuestros maestros cuidaron de no mencionar en este artículo sino la resurreccion de la carne. Con esto quisieron darnos á entender que de las dos partes que componen el hombre, el alma y el cuerpo, solo el cuerpo está sujeto á corrupcion y debe convertirse en polvo, de donde salió, pero que el alma es enteramente incorruptible é imperecedera; por tanto, no puede decirse que el alma resucitará, puesto que es preciso estar muerto para resucitar.

2º. ¿La resurreccion es cierta? — En el artículo undécimo del Símbolo hacemos profesion de creer que al fin de los tiempos resucitaremos; y para manifestar cuán fundada es esta fe consoladora, vamos á resolver las tres cuestiones siguientes: 1º. ¿Se ha creído siempre en la resurreccion de los muertos? 2º. ¿Puede Dios resucitarnos? 3º. ¿Lo quiere?

¿SE HA CREIDO SIEMPRE EN LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS? — Luego que el hombre hubo pecado y que él mismo se condenó á muerte, anuncióle Dios para consolarle su resurreccion futura, prometiéndole un Redentor que pisaria la cabeza de la serpiente, que repararia todas las consecuencias del pecado, y le devolveria todos los bienes que acababa de perder, y que por lo tanto le libraria un día de la muerte. Esta consoladora promesa, salida de los labios del mismo Dios, se conservó en la memoria de los hombres, de lo que tenemos un ilustre testigo en la persona de Job; este varon justo, aun en medio del Gentilismo, se consolaba de las calamidades sin ejemplo que sobre él pesaban, pensando en su futura resurreccion; hé aquí las sublimes

<sup>1</sup> *Ciudad de Dios*, lib. XXII, c. 14-20, y santo Tomás, 3 p. q. 81 y sig. — San Agustín cree que los Mártires llevarán en sus cuerpos las cicatrices de sus heridas, lo que lejos de ser una deformidad, serán honrosas señales que les darán mas brillo y hermosura. (Id. c. 19.)

palabras con que expresaba su confianza y su fe: *Sé que vive mi Redentor, y en el último día he de resucitar de la tierra, de nuevo seré rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios*<sup>1</sup>.

Quinientos años antes de Jesucristo, el profeta Daniel anuncia la resurreccion general en estos términos: *Muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para la vida eterna, otros para oprobio para que lo vean siempre*<sup>2</sup>. Esta creencia se habia perpetuado sin interrupcion entre los Judíos hasta el tiempo de Nuestro Señor, como nos lo manifiesta la contestacion de Marta, hermana de Lázaro; preguntada por el Salvador, acerca de si creia que su hermano resucitase, dijo: *Bien sé que resucitará en la resurreccion en el último día*<sup>3</sup>.

Los mismos paganos, en ciertas regiones al menos, habian conservado una creencia confusa de esta verdad fundamental, como lo demuestran algunos pasajes de sus autores y el cuidado general que con los difuntos tenian. Con este motivo no podemos resistir al placer de citar el Zend-Avesta, es decir, *la palabra viva*, ó libro sagrado de los Persas: en favor de su belleza, esperamos se nos perdonará lo largo de esta cita; al leerla se cree oir á Job ó á Isaías. « Dicho está en la » ley, acerca de la resurreccion de los muertos, que en el último año » del mundo aparecerá Sosiosch... el cual hará revivir á los muertos, » como está dispuesto: Zoroastro consultó á Ormuzd, diciéndole: El » viento lleva consigo el cuerpo, el agua lo arrastra, ¿cómo se restablecerá? ¿Cómo se verificará la resurreccion? Ormuzd contestó: » Por mí se ve en el espacio el cielo deslumbrante de estrellas, y en » él aquel cuyo oficio es dar á lo lejos su luz al mostrar su rostro; » por mí la tierra existe, la tierra sobre la que anda el Señor del » mundo; por mí el sol, la luna y las estrellas elevan en las nubes » sus cuerpos luminosos. Yo fui quien dió el grano, que pasando por » la tierra, crece y se multiplica en abundancia; yo quien di á los » árboles las venas y las raíces de diferentes especies; yo quien puse » en los árboles y los demás seres el fuego que no les quema; yo » soy quien, segun su especie, pongo el niño en el seno de la que lo » lleva; yo quien doy separadamente á todos los seres la piel, las » uñas, el pié, el ojo y el oido; yo quien doy el hombre, cuyos ojos » ven, cuya fuerza está en la respiracion, y que no puede vencerse » con el brazo cuando trata de elevarse. Yo soy quien crió estos » seres.

» Parezca aquel que solo hace el mal, é intente obrar la resurreccion. Por mas que quisiera hacer resucitar todas estas cosas, imposible le fuera hacerlas revivir. Ciertamente que la resurreccion se

<sup>1</sup> Job, xix, 26.

<sup>2</sup> Dan. xii, 2.

<sup>3</sup> Joan. xi, 24.



» verá; todos los muertos resucitarán; el alma reconocerá el cuerpo,  
» y dirá: Este es mi padre, este es mi madre, este es mi hermano,  
» este es mi esposa; hé aquí á mis deudos y á todos mis parientes.

« En seguida se verificará en la tierra la reunion de todos los seres  
» con el hombre; en ella todos verán el bien y el mal que habrán  
» hecho, y los justos serán separados de los réprobos. Los justos irán  
» al Gorotman, y los réprobos serán de nuevo precipitados en el Dou-  
» zakh (infierno). El padre será separado de la madre, la hermana  
» del hermano, el amigo del amigo; siendo juzgado cada uno segun  
» sus obras. Los que estén puros irán al excelente Gorotman; el mis-  
» mo Ormuzd los conducirá allí arriba, y estarán bajo su proteccion  
» mientras duren los seres. La fuerza de Abriman quedará destruida,  
» y se precipitará de nuevo en las espesas tinieblas. *La culebra en-  
» gañosa será quemada en metales derretidos* <sup>1</sup>. » Fácil nos seria mul-  
» tiplicar las pruebas que demuestran existir la misma creencia mas ó  
» menos alterada en las principales naciones de la antigüedad pagana <sup>2</sup>.

En la plenitud de los tiempos, cuando la luz divina destinada á  
iluminar el universo entero descendió deslumbrante desde lo alto de  
las eternas colinas, Nuestro Señor proclamó altamente esta verdad y  
disipó todas las nubes que el error habia acumulado sobre este punto  
capital, confundiendo á los Saduceos, quienes negaban la resurreccion;  
al anunciar el juicio final, dice con estas propias palabras que  
*todos los muertos resucitarán* <sup>3</sup>. Los Apóstoles enseñaron la misma  
verdad <sup>4</sup>; la Iglesia católica, los Judíos lo creen, y nadie lo niega, á  
no ser ciertos seres degradados que quisieran que el hombre fuese  
una bestia, á causa de tener ellos todas las inclinaciones de tales.

Así pues, esta creencia que vemos nacer con el mundo y perpe-  
tuarse al través de los siglos solo puede venir de Dios, y Dios, al  
inspirarla al hombre pecador, no ha querido engañarle, sino mas  
bien consolarle <sup>5</sup>. En efecto, ya que Dios dijo que resucitaria al hom-  
bre, lo hará; Dios lo puede y lo quiere.

¿ PUEDE DIOS RESUCITARNOS? — Tertuliano responde á esta pregunta  
del modo siguiente: « Dios es omnipotente; y si dudais de que esta  
» carne reducida á polvo, devorada por las bestias, tragada por las  
» olas, dispersa por los vientos, pueda un dia á la voz del Señor  
» convertirse otra vez en un cuerpo, considerad por un momento la  
» creacion, y ya no vacilaréis en creerlo. Este mundo que ayer no  
» existia, ¿ cómo ha sido formado?... Y vosotros mismos, ¡ ó hom-

<sup>1</sup> *Boum-Dehesch*, t. II, pág. 411 y sig. Segun los eruditos, el libro del cual  
hemos extraido este pasaje es anterior á lo menos de quinientos años á la era  
cristiana.

<sup>2</sup> S. Aug. *Ciudad de Dios*, lib. XXII, c. 28.

<sup>3</sup> Matth. XII; Joan. V, 28-28.

<sup>4</sup> I Cor. xv.

<sup>5</sup> I Thes. IV, 13.

» bres! ¿ qué érais antes de ser hombres? Nada. ¿ Por qué, pues,  
» aquel que os ha llamado desde la nada á la vida no podrá llamaros  
» de nuevo cuando quiera? ¿ Qué novedad habria en ello? No érais,  
» y sois; no seréis, y volveréis á ser. Explicadme, si podeis, el mis-  
» terio de vuestra creacion, y os explicaré el de vuestra resurrec-  
» cion. ¿ Será acaso mas difícil volver á ser lo que ya habeis sido,  
» que ser lo que jamás fuisteis? Indudablemente es mas grande pro-  
» ducir que reparar, dar el ser que devolverlo, levantar un edificio  
» que reedificar sus ruinas; para repararlo contais con materiales;  
» para construirlo no teneis nada. Dios ha querido empezar por lo  
» mas difícil, á fin de que no os costase el creer en lo que no lo es  
» tanto <sup>1</sup>. »

Dios puede resucitarnos, es evidente; pero ¿ lo quiere? Esta es la  
tercera cuestion que es preciso resolver.

¿ QUIERE DIOS RESUCITARNOS? — Sí, Dios quiere resucitarnos, y en  
tanto lo quiere, como que ha prometido hacerlo. *Viene la hora*, dijo  
el Verbo hecho carne, el Verbo por quien todo ha sido hecho; *viene  
la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo  
del Hombre; y los que hicieron bien, irán á resurreccion de vida; mas  
los que hicieron mal, á resurreccion de juicio* <sup>2</sup>. Oigamos además al Doc-  
tor de las naciones, á san Pablo, instruido inmediatamente por Nues-  
tro Señor: *Hé aquí*, nos dice, *un misterio que os digo: todos cierta-  
mente resucitarémos, mas no todos serémos mudados; en un momento, en  
un abrir de ojo, en la final trompeta, pues la trompeta sonará, y los  
muertos resucitarán incorruptibles* <sup>3</sup>. Hay mas, Dios debe á su justicia  
la resurreccion de los hombres; en efecto, es preciso que el hombre  
sea juzgado, castigado ó recompensado, segun sus obras: y ¿ qué es  
el hombre? No es ni el alma separada del cuerpo, ni el cuerpo sepa-  
rado del alma, es la reunion de uno y otra; luego es indispensable  
que el hombre comparezca al juicio en cuerpo y alma, tanto mas en  
cuanto por la carne, con la carne y en la carne el alma hace el bien  
ó el mal, siendo de toda justicia que la carne, compañera é instru-  
mento de todas sus obras, participe del castigo ó del premio durante  
la eternidad. Para ello es necesario que se reuna al alma; en otros  
términos, es necesario que la carne resucite: la justicia lo exige así  
rigurosamente; luego la resurreccion se verificará <sup>4</sup>.

Para ayudarnos á creer en este misterio, Dios la multiplicado á  
nuestros ojos las imágenes de la resurreccion. Ved sino como cada

<sup>1</sup> *Apol.* c. 48. Véase tambien el admirable Tratado del mismo Padre, *De Resur-  
rect. carn.*

<sup>2</sup> Joan. V, 28.

<sup>3</sup> I Cor. xv, 51.

<sup>4</sup> Véase la ampliacion de este argumento en Tertul. *De Resurrect. carn. Ciudad  
de Dios*, lib. XXII, c. 5.



dia desaparece la luz, como si estuviese muerta, y cada dia se muestra de nuevo como si resucitase; las plantas pierden su verdor y lo recobran luego como si volviesen á la vida; las semillas mueren al corromperse, y resucitan al brotar sus gérmenes. En nosotros mismos tenemos diariamente la imágen sensible de la muerte y de la resurreccion. ¿Qué es el sueño, sino una imágen de la muerte? y ¿qué es el despertar, sino una imágen de la vuelta á la vida ó de la resurreccion?

Resucitarémos; sí, esta es la fe del universo católico, resucitarémos<sup>1</sup>; en vano el orgullo se debate; so pena de inconsecuencia y de llegar á un absurdo, es preciso que admita este misterio. « Acerca de la resurreccion, el Hijo de Dios, decia san Agustin á algunos pretendidos incrédulos de su época, ha predicho dos cosas increíbles, á saber: que los cuerpos resucitarian y que el mundo lo creeria<sup>2</sup>, habiéndolas predicho ambas mucho antes de que sucediese una de las dos. De estas dos cosas increíbles vemos ha sucedido ya una, esto es, que el mundo creeria una cosa increíble, la resurreccion de los cuerpos; así pues, verémos la otra, puesto que la sucedida no es menos difícil de creer. Á estas dos cosas increíbles añadid, si os place, una tercera que no lo es menos, y es que el mundo ha creído una cosa increíble por el dicho de algunos hombres groseros é ignorantes.

» Hé aquí, pues, tres cosas igualmente increíbles, y que sin embargo han sucedido: 1º. Es increíble que Jesucristo haya resucitado en su carne. 2º. Es increíble que el mundo haya creído una cosa tan increíble. 3º. Es increíble que un corto número de hombres pobres, desconocidos é ignorantes, hayan podido persuadir al mundo y á los sabios del mundo una cosa tan increíble. De estas tres cosas increíbles nuestros adversarios no se avienen á creer la primera; están obligados á ver la segunda, y no podrian comprenderla á menos de creer la tercera. En cuanto á la primera, la resurrección de Jesucristo es predicada y creída desde el poniente al levante; y si no es creible, ¿cómo es creída por toda la tierra? y si lo es, ¿por qué un puñado de hombres obstinados no creen lo que todo el mundo cree<sup>3</sup>? »

3º. ¿Cuándo y cómo tendrá lugar la resurreccion? — La resurreccion tendrá lugar al fin del mundo, inmediatamente antes del juicio final; Nuestro Señor nos dijo en categóricas palabras que los muertos pasa-

<sup>1</sup> *Propria fides est Christianorum resurrectio mortuorum. Hanc resurrectionem in seipso caput nostrum Christus ostendit, et exemplum fidei nobis præstitit, ut hoc sperent membra in se quod præcessit in capite.* (Serm. CCXLI, alias *de Temp.* 143.) Véanse los pasajes de los Padres en Nat. Alex. *De Symb.*

<sup>2</sup> Matth. xxvi, 13.

<sup>3</sup> *Ciudad de Dios*, lib. XVII, c. 5.

rian desde sus sepulcros á su tribunal<sup>4</sup>. La resurreccion se verificará en un momento: al principio del mundo Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fué hecha; esta misma voz, todopoderosa para crear en un instante el universo de la nada, no lo será menos para despertar de su sueño á todas las generaciones sepultadas en el silencio de la tumba. No importa que las diferentes partes de los mismos cuerpos estén separadas por inmensas distancias, pues el que hace que la luz del sol atraviese en ocho minutos treinta millones de leguas, ¿no podrá trasladar en un instante los elementos de los cuerpos de un extremo á otro de la tierra? Oigamos al apóstol san Pablo: *En un momento, en un abrir de ojo, en la final trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles*<sup>5</sup>. Entonces se levantará el género humano por todas partes, como abundantes espigas, y los Ángeles de Dios trasladarán á todos aquellos muertos vueltos á la vida al lugar en que les esperará el sumo Juez para pronunciar su sentencia<sup>6</sup>. ¡Gran Dios, qué espectáculo! todos estaremos allí, así vosotros que leéis estas líneas, como yo que las escribo!

4º. ¿Será universal la resurreccion? — Sí, lo será, es decir, que todos los hombres, sin exceptuar uno solo, resucitarán; y así debe ser. Oigamos al Señor de todas las cosas: *En verdad, en verdad os digo que viene la hora, y ahora es cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hicieron bien irán á resurreccion de vida, y los que hicieron mal, á resurreccion de juicio*<sup>7</sup>. Resucitarémos todos, todos sin excepcion; del mismo modo que todos mueren en Adán, todos resucitarán en Jesucristo; la reparacion será tan universal como la pérdida, dice expresamente el grande Apóstol comentando las palabras del divino Maestro<sup>8</sup>. Por otra parte es preciso, como ya hemos visto, que los justos reciban su recompensa, y los malos su castigo, y esto no puede verificarse sin la resurreccion de unos y otros.

5º. ¿En qué sentido la resurreccion es un beneficio para la Iglesia? — Puesto que todos los hombres, así los buenos como los malos, deben resucitar, parece no puede considerarse la resurreccion como un beneficio de la Iglesia. Á primera vista, así parece en efecto, pero en realidad no es así. No hay duda en que todos los hombres resucitarán á su vida natural, pero solo los hijos de la Iglesia que habrán muerto despues de haber recibido el perdon de sus pecados resucitarán para la felicidad eterna; por el contrario los malos, es decir, los que habrán abandonado este mundo sin haber sido purificados de sus pecados resucitarán para ser eternamente infelices, y hé aquí por qué

<sup>1</sup> Joan. v.

<sup>2</sup> I Cor. xv, 52.

<sup>3</sup> Matth. xxiv. Véase Corn. à Lapid. *in I Cor. xv, 52; et in I The. ii, 15.*

<sup>4</sup> Joan. v, 25, 28.

<sup>5</sup> I Cor. xv, 51.



su vida se llama una continua muerte mas que una verdadera vida. La resurreccion verdadera, la única deseable, será propiedad exclusiva de los que habrán muerto purificados de sus pecados; y como la purificacion del pecado, así original como actual, únicamente se encuentra en la Iglesia, de ahí es que con toda razon se cuenta en este sentido ser la resurreccion de la carne entre los beneficios de la Iglesia<sup>4</sup>.

6°. *¿Cuáles serán las cualidades de los cuerpos resucitados?* — La primera cualidad de los cuerpos resucitados es la inmortalidad. Es de fe que nuestros cuerpos que estaban antes sujetos á la muerte se convertirán en realmente inmortales despues de la resurreccion, sin distincion entre los buenos y los malos; admirable efecto, del cual somos deudores á la victoria que Jesucristo alcanzó sobre la muerte, como lo vemos por las expresas palabras de la Escritura. *Él despeñará para siempre á la muerte*, dice Isaías hablando del Salvador<sup>2</sup>. Oseas le hace decir: *Ó muerte, seré tu muerte*<sup>3</sup>. San Pablo nos asegura que *la enemiga muerte ha sido destruida la postrera*<sup>4</sup>, y san Juan, que *despues de esto no habrá ya muerte*<sup>5</sup>. Así debia ser; de una parte convenia que los méritos de Jesucristo que destruyeron el imperio de la muerte fuesen mas eficaces y mas poderosos que el pecado de Adán, y de otra la justicia de Dios exigia tambien que los buenos gozasen eternamente de la vida bienaventurada, y que los malos sufriesen eternamente, buscando la muerte sin hallarla, y deseándola sin poder obtenerla.

Así pues, la primera cualidad de los cuerpos resucitados será la inmortalidad, siendo esta cualidad comun á los buenos y á los malos. Otras hay que serán exclusivamente propias de los cuerpos de los Santos, los que serán infinitamente mas excelentes con ellas de lo que eran sobre la tierra. Los Padres de la Iglesia, fundados en las palabras del Apóstol, dicen ser cuatro las principales, á saber: la *impasibilidad*, la *claridad*, la *agilidad* y la *sutilidad*.

La *impasibilidad* impedirá que los cuerpos de los Santos estén sujetos á los sufrimientos, dolores é incomodidades; ni el calor, ni el frio, ni accidente alguno podrá incomodarles. *El cuerpo ha sido sembrado corruptible*, dice san Pablo, *mas resucitará incorruptible*<sup>6</sup>. Ahora bien, los teólogos han llamado este don *impasibilidad*, y no *incorruptibilidad*, á fin de no expresar con aquel nombre sino lo que conviene á los cuerpos de los buenos, pues solo ellos serán impassibles; mientras que los cuerpos de los réprobos, si bien serán realmente incor-

<sup>4</sup> Belar. *Doctr. crist.* pág. 62.

<sup>2</sup> Isai. xxv, 8.

<sup>3</sup> Osee, xiii, 14.

<sup>4</sup> I Cor. xv, 26.

<sup>5</sup> Apoc. xxi, 4.

<sup>6</sup> I Cor. xv, 42.

ruptibles, serán sin embargo sensibles á todas las impresiones de calor, de frio, y á otras incomodidades.

La claridad hará los cuerpos de los Santos tan brillantes como el sol. Los justos, dice Jesucristo Señor nuestro en san Mateo, resplandecerán como el sol en el reino de mi Padre<sup>1</sup>; y para confirmar esta promesa obró delante de sus Apóstoles el milagro de su transfiguracion. San Pablo, al expresar esta cualidad, se sirve indistintamente de la palabra claridad y de la de gloria: *Jesucristo, dice, reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso*<sup>2</sup>. Esta claridad será como un rayo de luz esparcido por todo el cuerpo dimanando de la suma felicidad del alma, de modo que el cuerpo será feliz con la misma felicidad del alma, enteramente dichosa por su participacion en la infinita felicidad de Dios. Este don no será igualmente distribuido entre todos como la impassibilidad, pues entre los Santos reinará la misma diferencia de brillo y de luz que observamos en los astros. *Una es la claridad del sol*, dice san Pablo, *otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas, y aun hay diferencia de estrella á estrella en la claridad. Así tambien será en la resurreccion de los muertos*<sup>3</sup>.

La agilidad: esta cualidad librárá al cuerpo del peso que ahora le oprime, y el alma podrá llevarlo allí donde le plazca con tanta facilidad como rapidez. Así lo enseñan claramente san Agustin y san Jerónimo<sup>4</sup>.

Finalmente, la sutilidad será tambien dada á nuestros cuerpos despues de la resurreccion; esta cualidad hará que el cuerpo esté enteramente sometido al alma, la cual le hallará siempre dispuesto á ejecutar sus voluntades. Maravilloso privilegio que san Pablo nos revela diciendo: *Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual*<sup>5</sup>.

Superfluas serian dilatadas explicaciones para demostrar la saludable influencia del artículo undécimo del Símbolo; es evidente que nada es mas útil á la sociedad que la creencia de la resurreccion futura. ¿Qué seria del mundo ¡gran Dios! si la vida actual fuese el fin de todas las cosas, y la nada el lote comun á los opresores y oprimidos, á los buenos y á los malos? Por el contrario, el dogma de la resurreccion es tan consolador para los justos, y tan temible para los pecadores, que debemos dar gracias á Dios desde el fondo de nuestro corazon, aun no teniendo mas mira que nuestros intereses temporales,

<sup>1</sup> Matth. xiii, 43.

<sup>2</sup> Philip. iii, 21.

<sup>3</sup> I Cor. xv, 41.

<sup>4</sup> *Ciudad de Dios*, l. II, c. 18, 20; l. XXII, c. 2; sobre Isaías, LX.

<sup>5</sup> I Cor. xv, 44. — Véase santo Tomás, que entra en los mas extensos detalles acerca del estado de los cuerpos resucitados, p. 3, q. 82, art 4, y cuestiones siguientes. Véase tambien el resumen general al fin del t. IV del Catecismo.



por haberse dignado revelar tan admirable verdad á los pequeños, mientras que ha dejado que la ignorasen los sabios. Y si de la sociedad descendemos á los individuos, ¿cómo no reconocer que la certeza de la resurreccion es el medio mas eficaz para consolar á los demás y consolarnos á nosotros mismos, cuando la muerte nos arrebató á nuestros parientes y amigos? *Llorad á los muertos*, nos dice el Apóstol, *mas no os entristezcais como los que no tienen esperanza*<sup>1</sup>. ¿Puede haber nada mas eficaz que la idea de nuestra resurreccion para alentarnos en todas las aflicciones y miserias de la vida? ¿Acaso no nos lo manifiesta así el ejemplo del santo varon Job? ¿Cuán dulce es para el cristiano, cuando tendido sobre un lecho de dolores se siente morir miembro por miembro, poder decirse con toda confianza: Estos miembros atormentados por la cruel enfermedad, estos sentidos que debilita y me quita, me serán devueltos algun dia impasibles y gloriosos!

Y en fin, ¿hay nada que sea tan poderoso como la idea de la resurreccion para inducir á los Cristianos á llevar una vida pura y exenta de todo pecado? ¿Hay nada mas propio, sobre todo, para inspirarnos hácia nuestros cuerpos un religioso respeto? Si hago de mi cuerpo el instrumento del pecado, reaparecerá como un vaso de ignominia, al paso que si le hago el instrumento de la virtud, reaparecerá como un vaso de honor, y todo el mundo lo sabrá. ¿Cómo no aplicarse con ardor á la práctica de las buenas obras, cuando se piensa formalmente en la gloria que debe seguir á la resurreccion y recompensar la virtud? ¿Cómo no enfrenar sus pasiones y huir del pecado, cuando se recuerdan con frecuencia los suplicios y vergüenza reservados á los malos, al comparecer para ser juzgados el dia de la resurreccion? No me admira el que esta idea haya sido causa de que millones de cristianos hayan tenido una vida angélica en carne mortal. Tampoco me admira que los Mártires hallasen en esta creencia de la resurreccion el valor y la alegría que manifestaban en medio de los tormentos<sup>2</sup>.

Entre ejemplos mil, citemos el de los Macabeos. El cruel Antíoco, que se habia hecho dueño de la Judea, publicó un edicto para obligar á los Judíos á renunciar á su religion, siendo tratados con la mas inaudita crueldad los que se negaron á obedecer; de este número fué una familia, célebre desde entonces en la historia de los Mártires, la familia de los Macabeos, compuesta de la madre y de siete hijos. Amenazas, promesas, todo fué empleado para conseguir su apostasía, pero en vano: entonces el tirano mandó que fuesen entregados á los mas horrendos suplicios; mas todos los sufrieron con un valor heroico,

<sup>1</sup> I Thes. iv, 12.

<sup>2</sup> Véase Nat. Alex. De Symb. pág. 354 y sig.

sostenidos por su fe en la resurreccion. Poco antes de exhalar el último suspiro, el segundo de los siete hijos dijo al Rey: Nos quitas la vida presente, pero el Rey del mundo, por cuya gloria morimos, nos resucitará un dia para la vida eterna. El tercero añadió con una confianza admirable: He recibido estos miembros del cielo, y los sacrifico ahora en defensa de las leyes de Dios, porque espero que me los devolverá un dia. Igual lenguaje usaron los demás, manifestando todos igual firmeza; y su admirable madre al exhortar á sus piadosos hijos á morir con valor les dijo: El Criador del mundo os devolverá el espíritu y la vida por su misericordia. Esta firme mujer sufrió la muerte con un valor que admiró al tirano. Feliz madre de siete mártires, justo era que compartiese su corona. Sufrir cristianamente es la condicion de una resurreccion gloriosa.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme comunicado por medio de vuestra santa gracia el germen de una vida nueva; haced, Dios mio, que viva y muera santamente, á fin de resucitar gloriosamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pediré cada dia la gracia de una buena muerte.*